

nifistos dirigidos por ambas potencias, contestaron los triunviros del modo siguiente:

«¡También la España nos envía en tono altivo, según acostumbra, un insolente reto; el coro está compuesto de este modo: el Austria, la Francia, Nápoles y la España reproducen la historia de los antiguos tiempos y contestan á la voz de un Papa!

«¡Que sean contra nosotros tres ó cuatro, poco importa! ¡Roma no se aparta de sus irrevocables designios! ¡Hace tres siglos y medio que los mismos soberbios agresores hallaron una Italia agonizante, mas hoy hallarán una Italia que renace, la Italia del pueblo!»

Propalábanse mil mentiras sobre victorias conseguidas por las tropas romanas, y la estatua de Pasquino manifestaba la verdad de aquella revolución en un cartel cuyo autor al ser habido hubiera sido víctima de las iras populares; era de este modo:

«Regocíjate, pueblo bonazo y simple, engalánate con tu último traje de fiesta, gasta tus últimos bayocos para iluminar tu casa, entona en señal de alegría tu canto de guerra: ¡No haya mas papas! ¡no haya mas reyes! Regocíjate, pueblo bonazo y simple, pues los que han reemplazado al Papa y que quisieran sustituirse á los reyes, te concederán una libertad tan grande, que después de apoderarse de tu último escudo, te dejarán la de morirte de hambre. Mientras tanto, sé tan agradecido, pueblo bonazo y simple, como se muestran ellos generosos y justos; para ellos los palacios de tu papa, de tus cardenales, de tus príncipes; para ellos los honores y la fortuna; ¡para tí las balas, los hospitales y la miseria! ¡Regocíjate, pues, pueblo bonazo y simple!»

Este cartel permaneció expuesto por espacio de algunas horas, hasta tanto que un patriota lo arrancó lleno de ira, porque no hay cosa que mas la produzca en ciertas gentes que la verdad desnuda. En las épocas revolucionarias es ciertamente peligroso el decirla.

El Rey de las Dos Sicilias, que temió obrasen de comun acuerdo Francia y Roma, se decidió mas que nada, por complacer á Pio IX, á hacer con sus tropas un movimiento retrógrado, dirigiéndose hácia Velletri; pero apenas habia entrado en la ciudad supo que un cuerpo de diez mil romanos se dirigia á marchas forzadas hacia la misma ciudad. Con efecto, en la mañana del día 19 se divisaron las primeras avanzadas de las bandas garibaldinas, empezándose poco después una terrible lucha entre ambos ejércitos, que presenciaba el Rey desde lo alto del palacio del Legado, rodeado de el conde de Aquila, el de Trapani y el infante de España D. Sebastian. Al ver el Monarca que muchos de sus oficiales caían heridos, descendió con sus acompañantes de la montaña, y se dirigió al lugar del ataque, que era la puerta Romana, siendo acogido por sus tropas con el mayor entusiasmo á los gritos de ¡Viva el Rey! Desde aquel momento el Soberano dirigió la batalla alentando á sus fieles y adictas tropas. Ocho horas hacia que duraba el combate, y el fuego de los romanos empezaba á debilitarse, cuando acudió en socorro de Garibaldi una nueva columna compuesta de cuatro mil hombres, que fue barrida por la metralla de los napolitanos, quedando por el rey Fernando el honor de la jornada. El General romano usó de toda su habilidad para desvirtuar la verdad, pero su mismo parte dirigido á la Constituyente romana lo denunciaba. Hé aquí dicho documento:

*Cuartel general de Velletri. Boletín del cuerpo de operaciones á las órdenes del general en jefe Pedro Roselli, desde su salida de Roma el 16 del corriente, hasta la ocupación de Velletri el 20 de mayo de 1849.*

«Las tropas napolitanas ocupaban las posiciones de Albano, Velletri y Palestrina, y tenían la línea de operaciones con dirección á Roma.

«El ejército de la República salió de Roma los días 16 y 17 para echar al enemigo, y maniobró para cortarle las comunicaciones con el Estado napolitano. El punto de dirección del ejército era Monte-Fortino, donde luego de haber llegado habria amenazado todas las comunicaciones del enemigo.

«No les quedaba á los napolitanos otro partido que el de retirarse ó de venir á atacar las posiciones que habian elegido. El ejército se componia de cinco brigadas de infantería y una de caballería: teníamos igualmente doce piezas de artillería: abria la marcha la primera brigada con un escuadrón de lanceros y dos piezas. Saliendo de Roma á las cinco de la tarde, tomó la dirección de Zagarolo por el camino de los *Capanelles*, y esto para descubrir lo menos posible su flanco derecho. La marcha fue muy rápida. Á las diez de la mañana entraba en Zagarolo. La vanguardia atravesó rápidamente el país, y se acampó en las colinas que defienden los caminos de Palestrina y de Albano. Según todas las suposiciones, era preciso atacar el día siguiente á Palestrina y marchar en seguida sobre Velletri. Entonces determinóse la ocupación de Monte-Fortino.

«Habíase dado la orden al ejército para ponerse en marcha antes de amanecer; empero habiéndose retardado por falta de medios de transporte y por una equivocación el arribo de los víveres, nuestros valientes soldados tuvieron que perder un tiempo precioso y moderar su impaciencia de marchar contra el enemigo hasta que se pudieron suplir dichos víveres con los que se encontraron en la comarca; excursión poco productiva, si se atiende la tala que las tropas borbónicas habian cometido durante su corta permanencia en la misma.

«Mientras tanto, por la mañana del día 19 la vanguardia ocupó Monte-Fortino: el centro del ejército (2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> brigadas) se hallaba acampado entre Monte-Fortino y Valmontone. Los partes que se recibieron aseguraban que el enemigo se retiraba, y de consiguiente se decidió en seguida á tocar llamada para atacarlo y dispersarlo. Al despuntar el alba del día 20 la vanguardia salió de Monte-Fortino hácia Velletri.

«El cuerpo de ejército detenido en sus movimientos por la misma dificultad de los víveres no pudo emprender la marcha hasta mas tarde, de modo que en el momento de trabarse la batalla no se hallaba á la conveniente distancia de la vanguardia.

«Mandada esta por el coronel Marochetti, y en la que se hallaba igualmente el general Garibaldi, comandante del cuerpo de ejército, tomó posición á una milla de Velletri. Divisando al enemigo que tocaba retirada por el camino de Terracina, detúvose la vanguardia para aguardar al ejército y atacar, empero un escuadrón de caballería salió de Velletri dirigiéndose á ella, desfilando sobre sus flancos una columna de infantería enemiga. Chocaron desde luego las avanzadas, y se rompió el fuego. Nuestros flanqueadores detuvieron los progresos de la caballería enemiga, que empezó á retroceder, y

entonces nuestros lanceros cargaron, empero, *agobiados por el número, fueron rechazados*. Con todo, la marcha de la caballería enemiga fue contenida por nuestros tiradores, de suerte que esta se vió en la precision de volver grupas. En aquel momento el enemigo atacó por todas partes con su infantería y su centro, que se hallaba en el camino de Aversa formado en masa. Por nuestra parte, al toque de carga nuestros soldados republicanos se lanzan á la bayoneta sobre el enemigo que volvió la espalda. Perseguido dejó en el camino y en los campos un gran número de muertos y heridos, *cinco ó seis caballos muertos* y varios prisioneros. Nuestra vanguardia le persiguió hasta el interior de la ciudad, que desde luego fue rodeada por una cadena de tiradores.

«En aquel punto llegó nuestra caballería, la cual se trasladó en seguida al sitio del combate. Á las dos horas y media y poco despues llegó igualmente la tercera brigada mandada por el coronel Galletti.

«Convenia primeramente y ante todo reconocer la posicion del enemigo. Su artillería hacia un fuego vigoroso desde la altura de los Capuchinos y desde la derecha de la puerta Romana. En un momento ocupa la legion romana los puestos que habia defendido la vanguardia, la cual descansa, y una de sus compañías, guiada por el coronel de Estado mayor, Milbit, dando una carga en la carretera á paso acelerado, ganó las inmediaciones de la puerta. Un vivísimo fuego de fusilería y continuos disparos de metralla recibieron á nuestros valientes soldados á muy corta distancia. Los dos hermanos Fabrizi, adictos al Estado mayor general, tuvieron sus caballos heridos. Despreciando nuestros soldados todos los peligros y allanando todos los obstáculos tomaron posicion cerca de la puerta. Circuida la ciudad, se empezó por examinar la posicion del enemigo, y colocóse la artillería que la batió con éxito. Dificil es de penetrar en Velletri, por estar rodeada de un foso ancho y profundo á un tiro corto de fusil. La posicion de los Capuchinos domina el país, y es la llave del campo de batalla. Entre tanto habíase escalonado un cuerpo enemigo compuesto de cuatro batallones con caballería en la carretera de Nápoles. Entonces un oficial de Estado mayor, con veinte y cinco caballos y una compañía del 3.º de línea, atravesando los campos, se adelantó para reconocer las posiciones enemigas y asegurar nuestra ala izquierda. El fuego continuaba muy vivo: la posicion de los Capuchinos fue atacada con valor, empero el enemigo se sostuvo con su artillería: el sol se ocultó en el ocaso, y las tinieblas sucedieron á la luz del día.

«El movimiento retrógrado del enemigo no era seguro. De consiguiente tomáronse las disposiciones siguientes. Del parte del reconocimiento practicado resultó que para atacar nuestra izquierda no habia otro camino que el que conduce desde Cisterna á Monte-Fortino. Una compañía de carabineros ocupó, pues, á Guiliano, y envió un destacamento á Monte-Fortino para asegurar el camino de Anagni y asegurarse de esta suerte de cualquier sorpresa sobre nuestros flancos.

«Resolvióse atacar al amanecer la posicion de los Capuchinos. Las tropas de refresco acamparon escalonadas á la derecha de la carretera, terminando hácia los Capuchinos.

«La artillería y los bagajes acamparon en la carretera defendida por la infantería con direccion á la ciudad. La reserva á la izquierda de la artillería acampó en columna, y las tropas mas fatigadas lo verificaron detrás de esta. Frecuentes patrullas molestaron al enemigo durante la noche, la cual se pasó

tranquilamente. Por la mañana antes de amanecer se hicieron partir exploradores, y como el enemigo no se dejaba ver ni contestaba en ningun punto, ocupáronse los Capuchinos. La caballería partió en busca del enemigo, y entrando el ejército en la ciudad, acampó á derecha é izquierda de la carretera de Terracina.

«Pocas pérdidas tenemos que deplorar en esta accion. Tuvimos cien muertos y heridos, mientras que se recogieron en el campo de batalla un gran número de muertos y heridos napolitanos, sin contar otro gran número de muertos que fueron echados en las sepulturas de las iglesias. Hemos cogido treinta prisioneros.

«El enemigo ha experimentado grandes pérdidas, si hemos de dar crédito á los hombres mas notables de Velletri, que aseguran que los napolitanos se llevaron un numeroso convoy cargado de heridos.

«El territorio de la República fue evacuado por el enemigo, que habia penetrado en él por aquella parte, y nuestro bisoño ejército puede contar una nueva victoria en esta breve expedicion.—El jefe de Estado mayor, Pisacane, coronel.—El general en jefe, Roselli.»

Se ve claramente, por mas empeño que hubiera por parte del general Roselli en desfigurar el hecho, que la gloria no habia sido para las tropas romanas, sino para las del Rey de las Dos Sicilias. Todo hacia comprender que aquel simulacro de república establecido en Roma como fin de los trabajos de las sociedades secretas tocaba á su ocaso. En el horizonte de la Ciudad santa empezaba á vislumbrarse la aurora del claro y refulgente día del triunfo del derecho y de la justicia.

Fijemos ahora nuevamente la atencion en Mr. Lesseps, y veamos cuál era la posicion en que se hallaba. Contra él se habia formado en Roma un poderoso partido, que no solo estaba dispuesto á rechazar toda proposicion en sentido conciliador, sino á quitarle la vida. Mr. Lesseps, que no pecaba de valeroso, apenas tuvo conocimiento de lo que se tramaba quiso poner su vida á cubierto de cualquier atentado, y se retiró á la *villa Santucci*, donde se creyó seguro, no sin remitir antes á las autoridades romanas una carta llena de acusaciones concebida en los términos siguientes:

«Señores presidentes, vicepresidentes y miembros de la Asamblea general.

«En la gravedad de las circunstancias actuales y en el momento en que va á terminar de un modo fatal una crisis que abatirá ó ensalzará para siempre la bandera italiana, tengo que cumplir un último deber, cual es el de manifestar públicamente la verdad, como ya la he manifestado á mi Gobierno.

«El público se ha ocupado mucho de mí, se inquieta y se agita, y los héroicos ciudadanos de Roma conocen perfectamente, con el instinto popular que distingué á las masas, que hay álguien que les engaña.

«Yo, el hombre de la paz, de la verdad y de la humanidad, tengo en mis manos la prueba de que se me designa al puñal del asesino como la causa de la agitacion y de la inquietud públicas, y como no pretendo ser un obstáculo para nadie, y á fin de dejar al país, á la Asamblea, al poder constituido la entera libertad de reflexionar, de discutir y resolver, me retiro por algunos dias al cuartel general del ejército francés, desde donde, de acuerdo con el general en jefe, velaré eficazmente por la seguridad de mis compatriotas pa-

cíficos que permanecen en Roma. Cuando se habrá perdido toda esperanza, vendré yo mismo á buscarles, si es posible, gritando entre tanto: ¡Desgraciada de la Ciudad eterna, si se toca un solo cabello de un francés ó de cualquier otro extranjero!

«Por todas partes se me ha preguntado: ¿Cómo pretendéis que os recibamos como amigo, si no nos dáis prenda alguna patente y pública?»

«La forma de nuestras instituciones, la política muy poco encubierta del país del cual soy la expresion y el órgano, podian, para evitar complicaciones, dispensarnos de producir dicha prenda; mas ya que está en el interés de todos abrir los ojos á los que no ven, poner á los malvados en la imposibilidad de ofender, sustraer á la sana mayoría de la poblacion de la influencia del jefe que la engaña, que la oprime, y que en caso necesario sabria, haciendo vibrar diestramente la cuerda patriótica, provocar una demostracion unánime para el triunfo de la mas detestable de las causas, produzco á la luz del dia la prenda tan solicitada, tan deseada por los verdaderos romanos, los únicos que quedarian perdidos con la ruina de su país. Semejante prenda, por la cual, en interés de toda sociedad, no vacilo en comprometer mi responsabilidad y mi porvenir, héla aquí:

«La república francesa garantiza contra toda invasion extranjera los territorios de los Estados romanos ocupados por sus tropas.

«Este artículo, añadido á las tres proposiciones que os han sido sometidas, confundirá á nuestros enemigos interiores y exteriores, y convencerá á los mas incrédulos. La suerte de vuestro país está en vuestras manos; no falteis á vuestros deberes, así como tampoco faltaremos á ellos, ni el ejército francés, ni su jefe, ni el ministro conciliador. No perdais un tiempo precioso, y si teneis en Roma un traidor, al cual perdono y al que vosotros perdonaréis tambien, buscadle y le hallaréis. — Firmado: Fernando de Lesseps.»

El enviado de Francia creyó que la carta que acababa de leerse iba á producir un gran efecto en Roma, y que aludiendo, como claramente aludia, á Mazzini al indicar el traidor que perdonaba y que hallarian en Roma si le buscaban, se atraía así las voluntades; pero se equivocó, y su escrito fue recibido y leído con desprecio. Tampoco se habia descuidado Mr. Lesseps al abandonar á Roma el dejar instrucciones á sus compatriotas residentes en la Ciudad eterna. Hé aquí el aviso que les dejó:

«Durante mi breve ausencia, el pabellon francés continuará ondeando en mi palacio, lo mismo que en todos los establecimientos públicos franceses, y aun, si así lo deseais, en las ventanas de vuestras habitaciones. Por todas las reclamaciones que tengais que remitirme, dirigíos á Mr. de Gerando, á quien autorizo para socorrer de un modo eficaz á todos aquellos de entre vosotros que carezcan de medios de subsistencia. Sed prudentes y reservados con todos, y confiad en mi vigilancia, que no pierde por un momento de vista vuestros intereses y los del país.»

Desde entonces pudo verse que Mr. Lesseps se separaba completamente de la conducta que le habia sido trazada por su Gobierno, y no aparecia ciertamente como el enviado de una potencia católica.

Entre tanto que estas cosas ocurrían, el ejército austriaco, que ya se habia apoderado de Bolonia, se preparaba para hacer un movimiento sobre la capital. La Francia se habia propuesto ser la única potencia que interviniera en los asuntos de la Ciudad eterna, y creyó contrario al honor y dignidad de

sus armas el dejar intervenir á otros ejércitos. Así, pues, el general Oudinot se apresuró á dirigir al general de las tropas austriacas la siguiente carta:

«General:

«Acabo de saber que habeis llegado á Perugia con parte de vuestras tropas, y que tratais de continuar vuestra marcha adelantando, poniéndoos en comunicacion en los Abruzzos con el ejército napolitano: con este motivo debo recordaros que el ejército francés empezó solo el sitio de Roma, que está en vísperas de apoderarse de Ponte-Molle, y que por consiguiente está en comunicacion con los caminos de Florencia y de Ancona. Estoy resuelto á hacer adelantar mi ejército en esa direccion; suspended, pues, vuestra marcha; así lo exige el honor de vuestras armas.

«He aprendido en los campos de batalla á honrar á las tropas austriacas; mas, en este momento, cualquiera demostracion que hiciesen por su parte contra Roma pareceria ofensiva ú hostil á la Francia, y si nuestros soldados se hallasen frente á frente en semejantes condiciones, podrian resultar conflictos que ambos debemos sinceramente evitar.»

El general austriaco, apenas hubo recibido esta carta, detuvo la marcha de sus tropas, quedando el ejército francés dueño de la mayor parte de los Estados romanos.

Los romanos, ó mejor dicho los defensores y dominadores de Roma, continuaban poniendo en práctica todos los medios posibles de resistencia, y levantaban por todas partes formidables barricadas, destruyendo todo lo que se podia oponer á sus designios, sin perdonar magníficos arbolados y suntuosos palacios, entre ellos el Lucernari-Torlonia, el de Patrizzi, histórica residencia de un gran Papa y de un rey de Nápoles; tambien fue destruido el pabellon adornado con frescos de Rafael y sus discípulos, y un gran número de edificios inmediatos al castillo de San Ángelo, como asimismo el hospital del Espiritu Santo, y otros muchos edificios que seria prolijo el enumerar.

En medio de aquel desorden y de tan inicua devastacion, hubo un hombre intrépido, al que se debió la conservacion de preciosos tesoros artísticos que son la gloria de Roma, y que aquellos vándalos de la revolucion se habian propuesto destruir. Este intrépido defensor de las riquezas artísticas de Roma, que mas de una vez expuso su vida para disputar á la tea incendiaria preciosos monumentos, se hizo acreedor á que su nombre quede consignado en las páginas de la historia. Era el comendador Visconti, que con su noble conducta mereció bien de la Religion y de las artes.

Entre tanto el ejército expedicionario continuaba sus movimientos, y la Asamblea constituyente romana recibia de Mr. Lesseps otra comunicacion, demostracion tangible de lo que antes decíamos, esto es, de que se separaba completamente de la línea que le habia sido señalada por el Gobierno francés. Esta comunicacion, cuyo motivo se verá en la misma, fue entregada en forma de *ultimatum* á las autoridades de Roma por el secretario de Mr. Lesseps. Estaba concebida en los siguientes términos:

«El abajo firmado, Fernando de Lesseps, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república francesa, en mision en Roma.

«Considerando que la marcha del ejército austriaco en los Estados romanos altera la situacion respectiva de las tropas francesas y del ejército romano;

«Considerando que avanzando los austríacos sobre Roma podrían apoderarse de posiciones amenazadoras para el ejército francés;

«Considerando que la prolongación del *statu quo* en que había consentido el general en jefe, Oudinot de Reggio, podría ser perjudicial al ejército francés;

«Considerando que no le ha sido dirigida otra comunicación alguna, desde la última nota de fecha de 26 del corriente;

«Invita á las autoridades y á la Asamblea constituyente romanas á decidirse sobre los artículos siguientes:

«Artículo 1.º Los romanos reclaman la protección de la república francesa.

«Art. 2.º La Francia no niega á los pueblos romanos el derecho de pronunciarse libremente sobre la forma de su Gobierno.

«Art. 3.º El ejército francés será acogido por los romanos como un ejército amigo; tomará los acantonamientos que juzgará convenientes, así para la defensa del país como para la salubridad de sus tropas, y permanecerá extraño á la administración del país.

«Art. 4.º La república francesa garantiza contra cualquiera invasión el territorio ocupado por sus tropas.

«En su consecuencia, el abajo firmado, de acuerdo con el general en jefe Oudinot de Reggio, declara que en el caso de no ser inmediatamente aceptados los anteriores artículos, considerará su misión como terminada, y el ejército francés recobrará toda su libertad de acción.

«Hecha en el cuartel general del ejército francés, en Villa-Santucci, en 29 de mayo de 1849. — Firmado: Fernando de Lesseps. — Refrendado: Oudinot de Reggio.»

Los defensores de Roma se reunieron para deliberar la contestación que debía darse al *ultimatum* de Mr. Lesseps. Mas como quiera que el objeto principal que se proponían era ganar tiempo, preguntaron al enviado francés qué sentido se proponía dar á estas frases: «En el caso de no ser *inmediatamente* aceptados los anteriores artículos, considerará la misión como terminada, y el ejército francés recobrará toda su libertad de acción.»

La contestación de Mr. Lesseps no se hizo esperar. Les manifestó que á pesar del adverbio *inmediatamente* que había usado, se concedía para admitir ó reclamar el *ultimatum* un plazo de veinte y cuatro horas, que debía espirar el día 30 á la media noche.

Mientras tanto se esperaba la decisión de los romanos, el General en jefe, que no permanecía un solo momento en la inacción, establecía un punto avanzado en la basílica de San Pablo, situada en el camino de Ostia y á dos millas de la puerta de Roma; y allí para intimidar á los romanos hizo ostentación de las considerables fuerzas que mandaba, revistándolas á su vista.

El 30 de mayo el general Oudinot activaba en todos los puntos sus preparativos de ataque, cuando Mr. de Lesseps que los presenciaba le remitió la siguiente nota:

«En el caso que juzgueis que debéis tomar por sorpresa ó de cualquier otro modo posiciones en el interior de la ciudad de Roma y también en las inmediaciones de su recinto, sin haberos previamente puesto de acuerdo conmigo, creo de mi deber haceros el único responsable de las consecuencias políticas que puedan resultar. Hasta el momento en que se reciban órdenes del

Gobierno, ya desaprobando, ya aprobando mi conducta, mi misión no puede consentir que adopteis solo y sin consultar conmigo determinaciones ó medidas militares que comprometerían á nuestro Gobierno, haciéndole entrar en una senda que cree funesta.»

El presidente de la Asamblea romana y los miembros del Municipio contestaban en el mismo día á Mr. Lesseps, manifestándole su ilimitada confianza en la sabiduría del triunvirato para evitar que la Francia desempeñara respecto de Roma el papel del Austria y terminar de una vez los horrores que pesaban sobre una ciudad *tranquila*, emporio de los monumentos y de las artes. Así se atrevían á hablar los que habían robado la tranquilidad y habían destruido y seguían destruyendo las mejores obras de arte y mas preciosos monumentos que la ciudad encerraba. Á estas declaraciones seguía el siguiente contraproyecto firmado por el triunvirato:

«Artículo 1.º Los romanos, llenos de fe, hoy como siempre, en la amistad y en el fraternal apoyo de la república francesa, reclaman la cesación de las apariencias de hostilidad, y el establecimiento de las relaciones que deben ser la expresión de este fraternal apoyo.

«Art. 2.º Los romanos tienen por garantía de sus derechos políticos el artículo 5.º de la Constitución francesa.

«Art. 3.º El ejército francés será considerado por los romanos como un ejército amigo, y acogido como á tal, de acuerdo con el Gobierno de la república romana, tomará los acantonamientos convenientes tanto para la defensa del país, como para la salubridad de sus tropas, y permanecerá extraño á la administración del país.

«Roma es sagrada, así para sus amigos como para sus enemigos.

«La ciudad de Roma no va comprendida en los acantonamientos que elegirán las tropas francesas; su valerosa población es para ella la mejor salvaguardia.

«Art. 4.º El ejército francés garantiza contra toda intervención extranjera el territorio ocupado por sus tropas.—Armellini, Mazzini, Saffi.»

La Francia no podía aceptar este contraproyecto tan contrario á su honor y á la dignidad de su ejército. Como se ve, los triunviros persistían firmes en negar la entrada en Roma al ejército francés, y en cierta manera suponían á aquel Gobierno el reconocimiento tácito de una república no reconocida por nadie. En poco estuvo que Mr. Lesseps no estampara su firma al pié de aquel descabellado proyecto; pero dió el encargo al comandante Espivent de comunicarlo al general Oudinot, junto con el siguiente *memorandum*:

«Habiendo salido de París bajo la influencia de la acción del 30 de abril, y venido para tratar con las poblaciones romanas, no tengo necesidad de recordar que nunca he querido ni sufrido que se pudiese separar mi causa de la de mi Gobierno y del digno jefe del ejército francés. No se me ocultaban los obstáculos que debería allanar para persuadir de que las disposiciones del Gobierno de la república y de su general eran las mismas antes del 30 de abril que despues de esta fecha; *mas hoy lo he conseguido.*

«Estoy dispuesto á firmar inmediatamente, salvo algunas modificaciones y la eliminación del artículo 2.º el contraproyecto enviado por el triunvirato y aprobado por la Asamblea constituyente romana, como también por los senadores y conservadores de la Municipalidad de Roma, en la convicción de que semejante acto afirma para siempre en Italia la influencia francesa, y con-

serva ileso el inmaculado honor de nuestro ejército y de nuestra gloriosa bandera.»

Diferentes eran los pensamientos y las ideas del general Oudinot. Los deseos de este eran concluir de una vez con los dominadores de la Ciudad eterna y recibir órdenes más terminantes de su Gobierno, que las que hasta entonces le habían sido comunicadas. Leyó con la calma de la reflexión así el contraproyecto como el *memorandum* de Mr. Lesseps, y exclamó en un arranque de su proverbial honradez: «Jamás firmaré página tan vergonzosa para la «Francia;» y haciendo uso de su autoridad, invitó á Mr. Lesseps á que se presentase á dar explicaciones ante un consejo de guerra convocado para ello.

El historiador Balleydier, cuyas imparciales narraciones nos vienen ayudando para seguir la historia de la sacrílega revolución de Roma nos da los pormenores siguientes acerca de lo acontecido en el consejo de guerra:

Á las cuatro hallábanse reunidos en el cuartel general los generales todos, bajo la presidencia del duque de Reggio, ofreciendo la sesión un carácter grave y solemne en vista de los acontecimientos que se preparaban. No tardó en presentarse Mr. de Lesseps, y su mirada incierta, su embarazado continente probaban claramente que conocía iba á cometer una acción contraria á los verdaderos intereses del país de que era mandatario. Á su vista tomaron un carácter severo y establecióse un profundo silencio; el Ministro plenipotenciario fue el primero en romperlo, y después de exponer la respectiva situación de ambos ejércitos, de leer los varios documentos que servían de base á sus negociaciones, y de haber alegado la carencia de órdenes de parte de su Gobierno, insistió con vigor en la necesidad de esperar y de temporizar. Los generales protestaron contra esta política expectante, y muchos, arrastrados por la franqueza del soldado, manifestaron su indignación con enérgicas expresiones.

La lealtad militar se colocaba francamente entre el honor de la Francia y los fugios de una política antinacional. «¡Esperar! exclamó uno de ellos con reprimida cólera; ¡esto es, esperar la estación de los calores y de las fiebres, que antes de quince días se presentarán en nuestro campamento exigiendo sus víctimas! ¡esperar que la piedad de nuestros enemigos, socorridos con ese aliado inatacable, nos dé por gracia las mortajas para envolver los cadáveres de nuestros soldados diezmados! Bastante hemos esperado, señor ministro; y cuidado de que un día la Francia no os pregunte, como los romanos á Varron, *lo que habeis hecho de sus legiones.*»

El Ministro plenipotenciario contestó:

«Para evitar la mórbida influencia que con razón teméis, ¿quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, trasladar nuestro cuartel general á Frascati, y acampar nuestras tropas en las sanas campiñas de Albano y de Tívoli? ¿Por ventura dejaríamos de ser de este modo los verdaderos dueños de Roma, rodeándola en vez de ocuparla? Si así lo haceis, el Gobierno de la república, que solo desea vuestra entrada en Roma si sois llamados por los habitantes, os dará gracias algún día por haber contribuido con la prudencia de vuestros consejos al triunfo de la verdadera, de la gran política, sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria.»

El General en jefe tomó á su vez la palabra, y dijo: «Confieso, caballero, que necesitaré de todo mi valor para contestar con sangre fría á tan extrañas palabras, pronunciadas, sin embargo, por labios franceses. Nos preguntais,

caballero, continuó, dirigiéndose al Jefe plenipotenciario, ¿quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, abandonar nuestra base de operaciones por lugares más apartados de Roma! voy á deciroslo: nos lo impide el interés de la Francia, que nosotros también representamos con la espada, al paso que vos creéis representarla con la palabra; la Francia dirá dentro de poco quién entre la palabra y la espada la sirvió mejor. Mientras tanto, el honor del nombre francés, la gloria de nuestras armas, exigen que el pensamiento de la Francia se explique libremente en el Capitolio. Tomar acantonamientos fuera de Roma sería en cierto modo proclamar nuestra impotencia. Circunvalar una ciudad no es hacerse dueños de ella, y no se ocupa verdaderamente hasta el día en que la bandera de la patria ondee en lo alto de su más elevada torre. En cuanto á lo que habeis dicho de lo grande de la verdadera política sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria, apelamos para el porvenir al juicio de la historia, y para el presente á la decisión de nuestro Gobierno. En tanto, declaro en nombre de todos mis compañeros de armas que nuestra adhesión á vuestros proyectos sería una vergüenza y una cobardía.»

Todos los generales presentes al consejo apoyaron tan enérgico lenguaje, y Mr. de Lesseps, aislado en su *gran política*, se retiró inmediatamente, sin que ni una sola voz se elevase para detenerle. Si el silencio de los pueblos es la lección de los reyes, el silencio de los soldados es también á veces la lección de los diplomáticos.

Durante la noche tuvo lugar una segunda escena no menos violenta. El plazo señalado para la reapertura de las hostilidades iba á espirar, y el General en jefe había dado sus últimas órdenes para ocupar simultáneamente á las tres de la mañana el Monte Mario, el Ponte-Molle, las *villas* Panfilí y Corsini, y la iglesia de San Pancracio; las tropas encargadas de la ejecución de estas varias operaciones esperaban con el arma al brazo el momento de obrar, cuando Mr. de Lesseps suplicó al duque de Reggio que expidiese una contraórden por exigirlo así el honor de la Francia. Una duda se había elevado en su mente: no había participado por escrito y de un modo bastante preciso á las autoridades romanas la reapertura de las hostilidades, y «en semejante estado de cosas, dijo, un ataque por parte del ejército francés sería considerado por la Europa entera como una sorpresa incompatible con las reglas del derecho de gentes.»

Esta nueva complicación ponía en grave compromiso al general Oudinot, colocado entre dos alternativas sin medio alguno para evitarlas: ó suspender la ejecución de los movimientos cuyo éxito era infalible, ó revelar al ejército, impaciente por salir de su inacción, la existencia de disentimientos que habrían podido tener funestísimas consecuencias. Después de una discusión muy acalorada, y á pesar de que por su parte había mandado prevenir á las avanzadas de la continuación de las hostilidades, resignóse generosamente á dar la órden de suspender la ejecución de las medidas que en interés de la gloria militar y nacional acababa de tomar con los diferentes jefes de servicio (1).

Afortunadamente se acercaba la hora de la justicia en que había de caer por tierra el castillo de naipes levantado con el nombre de república romana, para dar paso al derecho, y con él á la paz y tranquilidad tan anheladas.

(1) Balleydier, *Obra citada*, t. II, pág. 125 y sig.